

SOBRE EL PROBLEMA METAFISICO DEL FIN DE LA HISTORIA

Por Luis Baz

RESUMEN: El artículo desarrolla un análisis del concepto temporal y metafísico del "fin de la Historia". Frente a la posición de F. Fukuyama, el autor sostiene que el momento actual no es el fin de la Historia, sino transición a unidades geopolíticas que preparan la consecución de una sociedad civil mundial.

ABSTRACT: The article analyzes the temporary and metaphysical concept of "End of History". Opposing Fukuyama's point of view, the author argues that the present moment is not the End of History, but a transition towards geopolitical entities which are a step in the way of a world-wide society.

El fin y el *final* de la Historia no son lo mismo. Aunque se encuentren en el genitivo su perfil ontológico no es idéntico: la pertenencia del segundo al primero no implica identidad del primero con el segundo. Vale decir que todo *final* es *fin* pero no todo *fin* es *final*.

El *final* presenta el perfil de una amenaza persistente, nunca, aún, el de un hecho. Pero la amenaza -como la profecía, o la promesa- pertenece al Logos. Tal amenaza persistente no es el único concepto ni guarda la única manera posible de plantear, y resolver, el problema del *fin* de la Historia. La persistencia auspiciada queda, con todo, fortalecida por una protocreencia ético-matemática en la justicia, cuando no por una consideración pesimista (caída, error) de la Humanidad (polo de frecuentes confusiones onticistas, ente impreciso, cuya esencia sólo ha gozado hasta ahora de tanteos *definitorios*, pero nunca, por lo que se refiere al *fin*, de una determinación universal), por la confianza en la divisibilidad cronométrica según ciclos¹ o por la proyección análogica a la totalidad del destino metafísico de las partes: partículas, individuos, cosas, especies, mundos.

¹ La división cronométrica en ciclos permite a su vez un análisis interdisciplinar. Así en los tres modelos de Universo, cf. A. Guth y P. Steinhardt, El Universo inflacionario, en Cosmología, Inv. y C., Barcelona, 1989,

El *fin* en cambio es un concepto problemático desde Aristóteles². Así es o se traduce por término, o para entendernos en la presente interdisciplinariedad, solución de la fase terminal. *Término* que dice límite en las series temporales o en la geometrización de los espacios. La realidad del *fin* es, en el tiempo, *finitud*. Pero ya desde entonces es también objetivo, meta, *finalidad*. *Finitud* y *finalidad* no son necesariamente coincidentes. En todo caso se aceptará que tal coincidencia sólo podría ser metafísica. La *finalidad* (interpretada como *causa final*, *telos* o más recientemente como *adecuación final*) no tiene por qué cumplirse en el *fin* temporal.

La problematicidad metafísica del concepto *fin* se muestra más claramente aún si intentamos resolver, en una ecuación, las siguientes variables: Ft (Fin del Tiempo o de los Tiempos), Fh (Fin de la Historia), Fm (Fin del Mundo). Ecuación que puede ser razonable y matemáticamente calculada mientras se apliquen magnitudes a las variantes, pero que puede hacer claudicar cualquier esfuerzo si por F se entiende, además, la *finalidad* o para qué.)

Fin y *final* de la Historia prometen, así proclamados, a pesar de la alegría de Fukuyama³, paradojas de difícil solución, para las que en una investigación metafísica no parecen ser suficientes letanías al estilo de *Hegel dixit* y mantenerse en el recurso al amparo del principio de autoridad.

p. 17. También se señalan fases o ciclos en la evolución biológica: Schrödinger no rechaza el concepto de ciclo vital, en *¿Qué es la vida?*, Tusquets, Barcelona, 2, 1984, p. 120. El correlato en mitología podrían ser las edades, cf. R. Graves, *Los mitos griegos*, AE, Madrid, 1985. O los ciclos basados en la dualidad sagrado-profano investigados por M. Eliade, *Le Mythe de l'eternel retour*, Gallimard, Paris, 1949. Incluso los ciclos cósmicos, comparados con la división brahmánica del tiempo permiten ciertas correlaciones: 1 kalpa (1 día en la vida de Brahma) equivale a 1000 Mahayuga, unos 4.320.000.000 años, aprox. la edad de la Tierra según la cosmología occidental. Cf. M. Eliade, *Imágenes y símbolos*, Taurus, Madrid, 1983, pp. 69-71: "A medida que se aproxima el fin de un ciclo, es decir, del cuarto y último yuga, las tinieblas crecen." Ibid. p. 71. Muy en alza parece también el mito de la "ékpyrois" donde se toma como medida cíclica el Gran Año, después del cual los astros vuelven al mismo signo y a la misma posición en que estaban al principio. Acontece una conflagración y destrucción de todos los seres. De nuevo se forma el orden cósmico. Ítema repetición del ciclo. (Cf. Nemesio, *De Nat. hom.* 38)

² Cf. entre otros pasajes, Aristóteles, *De Anima*, I, 407 a 25 (telos como límite) y *Met.* V, 2 1013 a 32 a diferencia de *Met.* I, 2 982 b 9 (eneka como gratia, motivo, fin como bien.)

³ Las tesis principales de F. Fukuyama pueden resumirse siguiendo el artículo "¿El fin de la Historia?" como sigue: 1. El fin de la Historia representa el triunfo de la Idea Occidental. 2. Se trata del último paso de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como forma final de gobierno humano. El problema de las clases se ha resuelto con éxito en Occidente. 3. El Tercer Mundo sigue empantanado en la Historia. 4. El fin de la Historia será un tiempo muy triste, no existirán el arte ni la filosofía. Ha comenzado la poshistoria.

También Baudrillard escribe: "El punto a partir del cual podríamos invertir el proceso de dispersión del tiempo y de la historia se nos escapa, y ello se debe a que lo hemos franqueado sin habernos dado cuenta, y, claro está, sin haberlo querido." (en *Las estrategias fatales*, Anagrama, Barcelona 1991, p. 14) Utiliza la metáfora "esfera del final de la Historia" (ibid. p. 15).

Menos optimista es el físico ex-soviético S. Kapitza cuando denuncia el irracionalismo creciente. Cf. *Tendencias científicas en la URSS*, Inv. y C. Oct, 1991, pp. 6-13

A. Finkielkraut identifica posmodernidad con adolescencia (Cf. *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona, 1990, pp. 130 y ss).

Que estamos ante un problema metafísico se sigue no sólo de estas observaciones preparatorias para un análisis de los elementos⁴, sino sobre todo porque la misma determinación de qué es el fin de la Historia es de índole metafísica⁵. ¿Cómo se piensa en la interpretación del *final* hegeliano de la Historia el *fin* del ser? ¿Y del tiempo? ¿No es, pese a todo, una *Geschichtsvernichtung* o aniquilación de la Historia una solución, también metafísica, aunque negativa, del destino *final* de la Historia?

Meta ha sido, por su parte, la investigación en torno al ser. Podría denominarse *metahistórica*⁶ tanto a la investigación del ser *como* Historia, como a la dilucidación de lo que haya o pueda haber *después* de la Historia.

La metafísica de la Historia ha tomado la figura, sucesivamente, de una teología, una filosofía y una ciencia de la Historia -en este sentido el error de los positivistas es no haber comprendido el fundamento metafísico de la investigación científica.

La determinación del *fin* de la Historia no equivale sin más a su *definición* pero la presupone. La determinación del *fin* (cuándo termina, para qué) tampoco equivale a la interpretación, pero permite fundamentar la misma lógicamente, según Logos, es decir aquí *teleológicamente*. Pero si la Historia continuase no sería aceptable afirmar que ha alcanzado su *fin*, aunque podría admitirse, a partir de la ambigüedad de dicha tesis, que aún continuando y no habiendo terminado, habría alcanzado su *fin* siempre y cuando se considerase éste como único o como principio sintético de los *fines*. Si se establece que ha llegado a su *fin* (en el tiempo) habrá que determinar qué es lo que es después de la Historia⁷. Si lo que se afirma es que ha cumplido su *finalidad* y alcanzado así su plenitud *teleológica* habrá que demostrar entonces que el *fin* alcanzado es precisamente el *fin* de su determinación.

El problema es, por lo tanto, doble: saber si la Historia termina y saber si tiene alguna *finalidad* o *teleología*. La identificación del *final hegeliano* de la Historia con el triunfo *definitivo* del liberalismo podría mostrarse como una tesis un tanto apresurada e innecesariamente vinculada al vértigo de unos acontecimientos que por un lado se afirma que cumplen la meta de la Historia y por otro se anuncian como históricos por antonomasia.

Finalmente en nuestro contexto inmediato pueden encontrarse cuatro posiciones: Savater preocupado por el integrismo paternalista en los gobiernos de las democracias occidentales; Sotelo una supervivencia con responsabilidad global para con el planeta; Tamames prevee un nuevo comienzo de la Historia con un gobierno planetario con tres funciones (económica, ecológica y política) y García Calvo vuelve a acusar al Capital y al Estado en su intento de reducir definitivamente vida a historia.

⁴ El análisis categorial constituye una investigación previa con objeto de delimitar el campo interdisciplinar al que pertenece el problema.

⁵ A la metafísica del fin de la Historia también le corresponde la división triádica: a) teología: escatología, juicio final. b) filosofía: Weltgericht o tribunal de la Historia. c) ciencia: civilización tecno-planetaria. Pero el "problema" del fin de la Historia no es religioso (la Historia no es necesariamente el territorio de la verdad), ni científico (ya se empiezan a notar los efectos de la cirugía histórica).

⁶ El uso del término "metahistórico" no es mitológico-antropológico (cf. Lévy-Bruhl, La mitología primitiva al citar a Prauss y su *Urzeit* o periodo originario, extratemporal), sino estrictamente metafísico al intentar hacer coincidir la investigación sobre el ser con la de la Historia.

⁷ ¿Qué sigue al tiempo "pos-?"

Al final de la (o de una) Historia⁸ parece que no puede seguir otra cosa que la no-Historia, el Silencio o el inicio de una nueva Historia.

La definición de la Historia se fundamenta en principios metafísicos de la interpretación del tiempo. En este sentido no se resuelve en el mero establecimiento de sus límites (quíeráse una limitación immanente o trascendente), sino que implica la asignación metafísica de sus *finés* y, por lo tanto, de su cumplimiento en el tiempo -o fuera de él.

Preguntar por el espacio no estaría fuera de lugar, ya que la misma Historia puede ser pensada como temporalización de relaciones espaciales, que se tensan en los acontecimientos -así también el espacio se *define* en sus dimensiones, sean tres o, como sostenía Kaluza, once.

Pero si el análisis descubriese que la *historicidad* es una forma fundamental de alienación podría reconocerse la índole necesariamente metafísica del problema en una vinculación del tiempo y la temporalidad -como condición transcendental de la historicidad- que tampoco ha gozado, hasta ahora, de una determinación universal⁹. Que los humanos *sean* históricos¹⁰, aunque no quede claro cómo la animalidad pueda pertenecer al esquema histórico si no es insertando éste en una Historia del Ser, lo cual se muestra aún más problemático, cuando no contradictorio; que su historicidad permita la proyección de ensayos antropológicos y que el conjunto de los humanos se encuentre *ante* o *en el fin* de su Historia, se corresponde con una interpretación ontológica y escatológica que retiene su comprensión del tiempo y la temporalidad en un ancla metafísica sujeta a la *irreversibilidad* de los acontecimientos¹¹.

⁸ Tendría mucho sentido intentar una metafísica de la viabilidad. Cf. El número especial de Inv. y C. dedicado a la viabilidad de la gestión del planeta Tierra. (Nov. 1989).

⁹ El tiempo como "condena" pertenece a la tradición mística. Así escribe Ibn-al-Farad:

"Pues quien está encerrado en la cárcel del tiempo no ve cuanto se encuentra más allá de su celda, en el eterno paraíso."

(Poema del Camino espiritual. tr. Varona, Hiperión, Madrid. 1989)

El tiempo como "devorador" pertenece a la tradición greco-latina (Cronos) que Cervantes también presenta sin compasión:

"...y echaba la culpa a la malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas."

(Quijote, I, XI, 100)

¹⁰ Incluso Ortega es ferviente apologeta del "dogma" de la historicidad al definir al hombre como "peregrino del ser" y "sustancial emigrante" y la Historia como "sistema de las experiencias humanas que forman una cadena inexorable y única" en: Historia como sistema, Rev. de Occ. Madrid, 1975, p. 61

¹¹ Entre el modelo lineal progresivo, el circular y el elíptico encontramos en la metafísica islámica un modelo lineal reversible. Ahmed Hasnaoui, en su artículo "Sobre algunas acepciones del tiempo en la filosofía árabe-musulmana" llega a decir que la enfermedad de la filosofía de los tiempos modernos es la "manía" de la Historia, para a continuación criticar lo que denomina el concepto denso de la Historia como despliegue de un tiempo homogéneo y continuo, circular (tiempo helénico) y lineal (cristiano). Presenta el tiempo en el Islam como "reversible" al iniciar una interpretación de Al-Kindi, en la que sostiene que el advenimiento de la verdad se produce en un tiempo antiguo perdido en el pasado o al que se trata de volver. Cf. AAVV, El tiempo y las filosofías, Sígueme-Unesco, Salamanca, 1979, pp.60-95. Tal concepción entraría en lo que denomino creencia ético-matemática ya que Al-Kindi y Hasnaoui en su interpretación de éste, ponen a la base de dicha teoría la percepción ético-cosmológica del "dahr" (incansable repetición de noches y periodos, lugar de la prueba) y la experiencia del "sahr" (dejarse llevar por y estar a la altura de los acontecimientos).

El problema del *fin* de la Historia puede no ser otro que el de la conclusión del argumento. A Kant le parece enigmático (rätselhaft) el supuesto privilegio que las últimas generaciones tendrían respecto a todas las anteriores al tener todas estas como todo destino metafísico el preparar el mundo para aquellas. La *infinitud* de la especie puede considerarse así temporal y teleológicamente. Y más cuando la noción lógico-matemática de *individuo* puede haber estallado al mismo tiempo que la de *clase*.

El concepto físico del tiempo pertenece a la *cronometría*. La Historia empero podría ser sólo una *cronografía*. La verdad del tiempo no es su medida. Importa poco que en la moderna *cronometría* se tome la velocidad de la luz o los intervalos cuánticos como unidad universal constante. La *cronología* no tiene por qué fundarse en el principio de divisibilidad cronométrica del tiempo. La medida del tiempo permite tantas divisiones como se quiera, pero la verdad del tiempo no lo convierte en magnitud o dimensión en sí: así la Historia, en cuanto tiempo, aparece como una esquema cronográfico transcendental que apenas si ha conseguido otra cosa que una interpretación metafísica analógica de la verdad del tiempo. Pero el problema del *fin* de la Historia no podrá ser resuelto mientras no se determine la relación transcendental entre tiempo y ser¹², problema que ocupó decisivamente a Heidegger, quien culmina su exégesis del complejo existencial con un análisis del concepto *hegeliano* del tiempo.

Los *Holtwege* recuperan la antigua metáfora del laberinto. En términos de problematización del *fin* de la Historia anuncian, a su manera, otra variante de desorientación. Para Fukuyama cualquier desorientación no es otra cosa que perplejidad ante la consecución del *final* de la Historia: optimismo neoleibniziano -hemos alcanzado el mejor de los mundos posibles- y pasadizo de tristeza -el *fin* de la Historia *será* un tiempo muy triste- en el que hacer acopio del arte (*nochmal* Hegel) y la filosofía, heridos, esta vez, de muerte.

Por lo que se refiere no al *problema metafísico* sino al *geopolítico* pienso que no nos hallamos ni *ante* ni *en el fin* de la Historia, sino en una fase más modesta que podríamos denominar transición a la geopolítica planetaria a través de la geopolítica continental.¹³ En términos kantianos la consecución de una sociedad civil mundial es el último y mayor problema con el que se encuentra la especie (!) humana.¹⁴

¹² En Hegel ecuación Historia/Libertad: "...denn die Weltgeschichte ist nichts als die Entwicklung des Begriffes der Freiheit." (G.W.F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, Werke, Bd.XII, Suhrkamp, Frankfurt a. M. 1970, p. 539)

¹³ El concepto de fase es análogamente interdisciplinar: no define el período o ciclo, sino el momento de paso de un período o ciclo a otro. Las unidades geopolíticas resultantes de dicha fase pueden ser así mismo pseudocontinentales cuando su fundamento no viene dado por la disposición teleológica del espacio geopolítico sino que interfieren variantes como la religión. Lo que intento defender es que pasamos de la fase política, comenzada hace unos 5.000 años con las primeras construcciones de templos y la aparición de las primeras ciudades (según R.M.Adams, en *El origen de las ciudades*, Biol. y Cult. S. Am. pp. 230-231) a una fase estrictamente "geo-política" es decir, de configuración política planetaria, a través de la formación de unidades geopolíticas continentales o pseudocontinentales.

¹⁴ Así lo plantea Kant en la V. proposición de su ensayo "Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht":

"Das grösste Problem für die Menschengattung, zu dessen Auflösung die Natur ihn zwingt, ist die Erreichung einer allgemein das Recht verwaltenden bürgerlichen Gesellschaft."

(Kant, Werke, XI. hgb.von W.W. Suhrkamp, Frankfurt a.M.1968. p.39 (A 394)

La presentización absoluta de la Historia o identidad transcendental del tiempo histórico-real con el tiempo de la representación histórica (también si se quiere tiempo argumental) se manifiesta en el intento de espacialización a priori de un orden planetario como principio de fundamentación teleológica de la Historia. Al reinterpretar el *final hegeliano*, Fukuyama consigue legitimar una geopolítica planetario-imperial. Mi preferencia por un orden continental tiene su fundamento en la mencionada disposición teleológica del espacio histórico.

Para expresarlo de una manera inequívoca: la Historia no ha terminado ni ha alcanzado sus *fin*es: la equiparación del pretendido *fin* de la Historia con el triunfo *definitivo* del liberalismo no aporta otra cosa que una solución voluntarista¹⁵ al reducir la Historia Universal a la Historia Singular y Nominal de Occidente, capítulo en el que Fukuyama queda atrapado por la ontología política tradicional.

El *fin* de la Historia implicaría el *fin* de la Filosofía, de la “evolución ideológica de la Humanidad”. Aquí parece que la metafísica de Fukuyama toma partido por el *fin* como *término*. Y aquí vuelve a confundir Fukuyama el *fin* de la Filosofía con el *fin* del esquema occidental. Así la ontología, como geopolítica, es sin embargo un proyecto apenas esbozado por los pensadores occidentales y en general superficial para los orientales, ocupados casi siempre por las más nobles cuestiones de la Inteligencia.¹⁶

El voluntarismo de Fukuyama propone finalmente recoger el laberinto y así acabar con el problema de la desorientación. Pero si la Historia no tuviese por *fin* (*telos* o *adecuación final*) la preparación del hombre superior entonces se reconocerá que no es imprescindible que tal preparación acontezca históricamente.

La Historia permite a los humanos orientarse en el *infinito*, lo cual no parece muy halagüeño. Pero es evidente que toda determinación de tal preparación y orientación se fundamenta en principios relativos al tiempo y al *fin*.

¹⁵ El voluntarismo de Fukuyama se condensa en su segundo artículo “Respuesta a mis críticos” (21.XII.1989) en el que defiende las siguientes tesis:

1. El fin de la Historia no se identifica con el fin de los acontecimientos del mundo.
2. El fin de la Historia representa el fin de la evolución del pensamiento humano sobre los principios fundamentales de la organización político-social.
3. Nuestra conciencia democrática-igualitaria es ya tan natural en nosotros como la necesidad de dormir o nuestro miedo a la muerte.

¹⁶ Propuestas hay para todos los gustos. Así los miembros de la corriente religiosa “Bajai” pretenden impulsar una religión universal como factor cohesionante a escala planetaria. Por mi parte no descarto la posibilidad de un “enemigo exterior”, o de una “amenaza de fuera” que conduzca a los humanos hacia la sociedad y el estado mundiales.